

GUERRA DEL GOLFO

La Guerra del Golfo tuvo lugar del 2 de agosto de 1990 al 28 de febrero de 1991. La madre de todas las batallas, según la expresión utilizada por Saddam Hussein para galvanizar a sus tropas e intentar movilizar la opinión árabe, fue el primer conflicto posterior a la Guerra Fría cuyo final oficial anticipó unos meses. De hecho, aunque este no fuera el significado que, inicialmente, sugerían las palabras del líder iraquí, la Guerra del Golfo fue la madre de todas las batallas. Fue el conflicto inaugural de una nueva era estratégica caracterizada, al menos al principio, por el dominio político, económico, tecnológico y financiero de Estados Unidos sin rivales a su altura. La superioridad de los recursos militares del bando occidental era, también, indiscutible. La Guerra del Golfo fue, de igual manera, un conflicto fundamental en el sentido de que, como precedente, sentó las normas para la conducta operativa de los compromisos militares en los que los americanos y sus aliados europeos se verían implicados más adelante. En nombre del derecho internacional, los principios humanitarios y los objetivos de seguridad, entre los que destacaban los riesgos de proliferación nuclear y la lucha contra el terrorismo, los ejércitos occidentales se convertirían en habituales de las intervenciones exteriores tras la Guerra del Golfo. Durante un ciclo de treinta años, que empezó en serio con la operación «Tormenta del Desierto» (la fase militar activa de la Guerra del Golfo) en febrero de 1991, y que terminó con la retirada total de las fuerzas americanas de Afganistán, en agosto de 2021, los países occidentales, la mayoría de las veces como parte de coaliciones bajo el mando americano, iban a participar en más de cien intervenciones militares externas, las más largas y violentas las cuales iban a tener lugar en Medio Oriente, con Irak como epicentro.

La Guerra del Golfo comenzó con la invasión de Kuwait por Irak el 2 de agosto de 1990, seguida de su inmediata anexión. Irak, que siempre había reclamado la soberanía sobre el país que, de antaño, formaba parte de la provincia otomana de Basora, aprovechó la relajación de las tensiones y disciplinas internacionales que surgió al final de la Guerra Fría para atacar a su vecino. Muy endeudado tras su largo conflicto con Irán (1980-1988), Irak también tiene en la mira los recursos petrolíferos de Kuwait. Saddam Hussein parece haber considerado que, ante un hecho consumado, Estados Unidos, que, como la mayoría de los países occidentales, se había puesto del lado de Bagdad en el conflicto con Irán, no reaccionaría y que la URSS apenas estaba en condiciones de oponérsele. Se equivocó.

Desde un punto de vista operativo, la operación fue un caso de libro de texto para futuras operaciones exteriores. Estados Unidos y sus aliados empezaron por asegurarse el control de los cielos y de las zonas marítimas en torno al teatro de operaciones, en particular, neutralizando sistemáticamente los centros de mando y de control iraquíes e imponiendo un bloqueo naval. Estas acciones preliminares o preparatorias se basaron en un perfecto conocimiento de la posición del enemigo, en especial, mediante la recopilación previa de información de inteligencia. La importancia estratégica de los satélites de observación militar (solo al alcance de Estados Unidos en aquella época) quedó plenamente confirmada.

La maniobra también se vio facilitada por una decisión insólita tomada por Saddam Hussein, que, deseoso de proteger su fuerza aérea, transfirió un centenar de sus aviones a Irán en las primeras horas del conflicto. Saddam Hussein consideró que sus fuerzas no estaban en condiciones de ganar la primera batalla aérea contra la coalición, más poderosa y mejor equipada, pero que sí podría vengarse explotando su conocimiento del terreno durante las batallas terrestres, en una batalla del desierto. De hecho, esto nunca ocurrió, ya que su ejército, que había tomado posiciones en las dunas de arena del valle del Éufrates, había sido destruido previamente por bombardeos convencionales y ataques selectivos. La Guardia Republicana iraquí aguardaba con el aliento dentro; sus tanques inmovilizados en el suelo del desierto; hombres y equipos aniquilados bajo una alfombra de bombas antes, incluso, de que se pudiera disparar un obús.

En este sentido, la Guerra del Golfo, que tuvo un gran impacto en la gente por el uso de misiles de precisión americanos y por la guerra electrónica a tan gran escala por primera vez, demostró, claramente, que se estaba produciendo una revolución en los asuntos militares. Sin embargo, en muchos aspectos (los bombardeos aéreos masivos de los B52 americanos, el tamaño de los destacamentos terrestres desplegados, el número de vehículos blindados), sigue estando vinculada con conflictos anteriores. No cabe duda de que la gramática de la guerra está experimentando profundos cambios, pero su vocabulario no deja de ser anticuado.

La coalición detuvo su avance en Irak y declaró un alto al fuego 98 horas después del inicio de la campaña terrestre. Cumpliendo su palabra, sobre todo, con el expresidente François

Mitterrand, el expresidente estadounidense George H. W. Bush (1989-1993) no empujó a sus tropas a tomar Bagdad. El régimen de Saddam Hussein, aunque derrotado militarmente, permaneció en el poder. Durante la guerra, los combates se limitaron, estrictamente, a Irak, Kuwait y las zonas fronterizas con Arabia Saudita. No obstante, los escasos combates fueron intensos y causaron muchas bajas civiles y militares en el bando iraquí (según las fuentes, entre 150,000 y 180,000 víctimas), pero menos de mil en el bando de la coalición, de las cuales solo 247 murieron en combate.

La Guerra del Golfo marcó una ruptura con el antiguo orden de la Guerra Fría. Desde un punto de vista geoestratégico, fue un hito histórico tan significativo como lo fue, políticamente, la caída del Muro de Berlín. Su ausencia en la gestión del conflicto demuestra que la URSS ya había caído de rodillas internacionalmente antes de derrumbarse sobre sí misma unos meses más tarde. En cierto modo este conflicto, sobre todo para los países de la región, empezando por Irak, debe interpretarse también como un rebote de la guerra Irán-Irak que, en sí misma, por sus motivos y la inversión de alianzas tras la revolución islámica en Irán, ya estaba fuera de la estricta lógica bipolar de la Guerra Fría.

La Guerra del Golfo también debe considerarse en el contexto de la serie de enfrentamientos militares y de episodios violentos que ensangrentaron, posteriormente, la tierra de los dos ríos, ya fuera la guerra de Irak en 2003 o la guerra contra el Estado Islámico a partir de 2014. Por último, la Guerra del Golfo dio paso a una sucesión de conflictos en los que participaron Estados Unidos y sus aliados en tierras islámicas. Aunque en su momento solo recibió una atención relativa, también estuvo en el origen de una dramaturgia que pretendía escenificar un antagonismo religioso, ideológico y cultural entre el mundo musulmán y Occidente. La intervención de la coalición en la Guerra del Golfo constituyó un poderoso estímulo para la propaganda de Al Qaeda, hostil ante la presencia de Occidente en la península arábiga. Falto de argumentos y recursos, el propio Saddam Hussein, que, en aquella época era considerado un líder árabe nacionalista y laico, invocó la Yihad contra los americanos. A un nivel más fundamental, la Guerra del Golfo desempeñó un papel clave en la generación de conflictos posteriores a la Guerra Fría, que fue de inspiración tanto desde el punto de vista del mantenimiento de la paz y de la gestión del orden mundial emergente como desde un punto de vista operativo.



Tropas de la 1ª División de Caballería estadounidense se despliegan en el desierto saudí durante los preparativos para la Guerra del Golfo, tras la invasión de Kuwait por Irak. 4 de noviembre de 1990 © AP Photo/Greg English, Archivo

Referencia:

Gautier, L. (2023). La era estratégica de la Guerra del Golfo. El Grand Continent.

Recuperado de: <https://legrandcontinent.eu/es/2023/08/15/la-era-estrategica-de-la-guerra-del-golfo/>